

de sus perfecciones, y en tu voluntad para abrasarla con su santo amor. El está contigo por su proteccion, por su asistencia especial, por un cuidado particular que toma de gobernarte y conducirte. El está en ti cómo en un paraiso animado, cómo en su templo, cómo en su lecho nupcial, cómo en el lugar de sus delicias. »

*El Señor es contigo.* Advirtámos tambien que, « en las palabras del angel, la circunstancia del tiempo no está expresada, con el fin de significar por éso, que el Señor há sido, es, y estará siempre con la gloriosa Virgen; cómo si digéra: Desde el momento de tu concepcion, Dios há estado contigo, lo está actualmente, y lo estará por toda la eternidad. El no se separará de ti, y respecto de esto no habrá cambio alguno que pueda causar la menor ruptura, ni ser un obstaculo á los cuidados de su providencia por ti. »

Pues, lo pregunto tambien aqui, cuál es la criatura de la que se puede decir que el Señor está con ella de una manera tan completa, tan estrecha y tan intima, cómo él está con Maria? Cuál es, por consiguiente, áquella, entre todas sus criaturas, que considera, estima y ama más, sinó es la Santisima Virgen? Desde entonces, qué motivo en nosotros para respetar y venerar á esta criatura tan querida de Dios, y de qué falta, por consiguiente, no nos hacemos culpables, cuando presentandonos delante de ella para rogarla, somos irrespetuosos con nuestra postura, poco áttentos con nuestras palabras y disipados con nuestros pensamientos! Ah! si nos presentáramos delante del favorito de un príncipe para solicitar algun favor más ó menos importante, cómo cuidariamos que todo en nosotros cautivára su benevolencia, nuestra actitud y nuestras palabras! Luego, es esto lo que nos condena, porque hacemos más para honrar al favorito de un hombre, que no para bonrar á la Madre de Dios.

*Bendita tu eres, entre todas las mujeres.* Tercera y ultima alabanza del angel Gabriel á Maria, y, cosá notable, esta alabanza es la que le há sido tambien dirigida por Santa Isabel á su prima, cuando fué á visitarla; lo cuál prueba que há sido inspirada á ambos por el mismo Dios.

En qué consiste esta bendicion de Maria, entre todas las mujeres? En tres cosas principalmente.

Desde luego, Maria há sido *bendita entre todas las mujeres*, en que lo há sido más que ninguna. Leemos en la Santa Escritura, de muchas mujeres, entre otras de Sara, de Rebeca, de Judit, de Ester, de Jahél, de Ruth y de Abigail, que hán sido benditas. Pero, qué diferencia entre su bendicion y la de Maria! Estas mujeres, por otra parte ilustres, no fueron, sin embargo, benditas y glorificadas más que por los hombres; mientras que Maria há sido bendecida y glorificada por los angeles, mucho mejor, por Dios mismo, del cuál los angeles no eran más que los ministros y los mandatarios. Ademas, la alabanza de las mujeres de que se trata, há quedado encerrada en los limites estrechos de la Judea. Las bendiciones y las alabanzas de Maria, por el contrario, hán franqueado las fronteras de todos los estados. Todos los pueblos la hán celebrado, cada uno en su lengua, y *todas las genèraciones*, cómo ella misma lo habia predicho bajo la inspiracion del Espiritu Santo, *la hán proclamado bienaventurada.*

En segundo lugar, Maria há sido *bendita entre todas las mujeres* en que, ella sola há sido exenta de la maldicion que pesa sobre todas las demás, y que es la de parir con dolor. Comprendese que las otras mujeres sufran esta maldicion fulminada contra Eva, cómo castigo á su falta; porque las hijas de Eva son solidarias con su madre, culpables de su falta y, por consiguiente, dignas del castigo que ella há merecido. Pero, con Maria yá es otra cosa diferente. Habiendo sido preservada, ella sola, del pecado original, no procedia que sufriése la pena. Es por lo que los santos concilios no nos permiten pensar que el parto de Maria haya sido doloroso. Ellos nos enseñan expresamente que el Verbo divino, habiendo tomado carne en el seno de la Santisima Virgen, salió de él cómo el rayo de sol atraviesa un puro cristal.

Por ultimo, Maria *há sido bendita entre todas las mujeres*, en que há unido la fécondidad á la virginidad. Es una gloria para las mujeres permanecer virgenes, y es tambien una gloria para ellas

el ser madres <sup>1</sup>. Pero no pueden gozar á la vez de ambas glorias. Les es preciso, necesariamente, sacrificar la una ó la otra. Si quieren tener la gloria de la virginidad, les es preciso renunciar á la gloria de la maternidad; y si ellas quieren tener la gloria de la maternidad, preciso les es renunciar á la de la virginidad. Imposible armonizar estas dos glorias. Pero aquí pasan las cosas de otro modo con Maria, que conservando completamente el honor de la integridad, há adquirido la gloria de la maternidad; porque há unido á la corona de la virginidad la gracia de la fécondidad; porque há sido hecha madre por la operacion del Espiritu Santo, sin cesar de ser reina de la castidad. » Es su grande bendicion sobre todas las mujeres, esclama San Agustin, la de no haber conocido hombre, y la de haber llevado uno en sus sagradas entrañas; la de ser madre y Virgen á la vez, y la de haber tenido por hijo al mismo Dios; lo que no pertenece más que á la virginidad féconda. »

Por lo demás, no es solamente entre todas las mujeres que Maria es bendita. Si no se habla aquí más que de ellas, es porque se trataba de la Encarnacion del Verbo divino, la cuál no podia réalizarse, en los propósitos de Dios, más que por la coóperacion de las mujeres. Porque, cómo era por una mujer que el mundo ha-

1. Nada agrada tanto á la mujer cómo el permanecer virgen, sobre todo, por lo menos, conservar las delicadezas de la virtud. La pureza está tan inhérente en la mujer que no se puede creerla desprovista, sin injuria. Cuando se trata con ella, no se puede considerarla demasiado en este lugar; y es, para agradarla, un medio infalible, el de suponerla siempre éminente en esta cualidad. Por otro lado, parece que no se es mujer más que para ser madre, que la maternidad es el pensamiento precoz de toda mujer, que la realizacion de este pensamiento es el colmo de su alegría y la corona de su vida. Véd á la joven madre con su tierno niño: qué cuadro y qué escenas! qué diligencia, qué dicha, qué de virtudes hechas facilmente por el solo titulo de madre! Ser madre y permanecer virgen es, pues, el ideal de toda mujer (P. de Hauterive. *Gran Catecismo*, 3. p. 2. sec. lec. 14, n° 6).

bia sido perdido, convenia que fuéese tambien por una mujer que viniése el Redentor. Y lo repito, cómo no se trataba más que de las mujeres, hé aqui porque el angel le dice solamente que era *bendita entre todas ellas*. Pero, en realidad, Maria no era menos bendita entre todos los justos, todos los santos y todos los angeles, cómo entre todas las mujeres. Si hubiéese sido de otro modo, hubiéera habido subditos mejor favorecidos que su Reina y obras divinas más perfectas que la Madre de Dios. Es lo que no se puede admitir, y la enseñanza de los Santos Padres y de los Doctores es unanime con este motivo. « Es en vos, óh divina Maria! le dice uno de ellos, que todos los privilegios de los santos están reunidos; ninguno de ellos puede igualaros; no se encuentra más que Dios solo que os sobrepuje <sup>1</sup>. »

Véd una ultima vez, cristianos, cuál no debe ser nuestro respeto por esta mujer bendita, entre todas las mujeres y entre todas las criaturas! Qué un privilegio semejante, que una tán elevada excelencia exciten por ella nuestra admiracion! Y en medio del grandioso concierto de alabanzas que le son dirigidas de todas partes, tengámos la resolucion de ofrecerla las nuestras con toda la piedad de servidores adictos, y toda la ternura de hijos amorosos.

*Conclusion.* — En adelante, cristianos, sabrémos, por consiguiente, cuáles son las enseñanzas y cuáles son las lecciones que están contenidas en la salutacion del angel. Sabrémos cuál es el precio de esta salutacion dirigida por un angel á una mujer, y con qué respeto debemos saludar á Maria, á éjemplo del angel, cuándo nos presentémos delante de ella para ofrecerla nuestros deberes é implorar su proteccion. Sabrémos cuál es el sentido y cuál la extension de estas magnificas alabanzas dirigidas por el angel á Maria, cuándo la dice que está *llena de gracia*, que el *señor es contigo*, y que es *bendita entre todas las mujeres*. Y sabiendo esto, cuando, á nuestra vez, las dirémos, las comprenderémos mejor, concibirémos de Maria una más grande y más justa idea, y le

1. Idiot. de Contempl. B. M. V. c. 2.

hablarémos con más respeto, confianza y amor. Ella estará así mejor dispuesta á oirnos y á atendernos. Y si nos toma una vez bajo su proteccion, ella nos obtendrá de su divino Hijo la gracia de llegar seguramente al cielo, en dónde una de nuestras mayores alegrías será repetir para siempre, con los santos y los angeles, esta salutacion tñn llena de atractivo: *Yo te saludo, Maria, llena eres de gracia el Señor es contigo, bendita tu eres entre todas las mujeres*<sup>1</sup>. Así séa.

#### El mensaje del angel.

I. Anuncio de la Encarnacion. — II. Explicacion pedida por Maria. — III. Respuesta del angel.

Acabais de oir, cristianos, la gran nueva comunicada á Maria por el angel Gabriel. Desde hacia cuarenta siglos, esta nueva era esperada en la tierra. Y nunca, ni antes ni despues, parecido mensaje há sido traído de los cielos. Porque no se trataba nada menos que de la redencion de los hombres, perdidos por el pecado de su primer padre, y cuya hora habia, por ultimo, llegado; de nada menos que de la encarnacion del Verbo divino, que habia resuelto realizar esta redencion. Meditémos, por consiguiente, en este dia,

1. *Yo te saludo, Maria*. Las jerarquias del cielo habian encargado á uno de sus jefes para dirigir á la humilde hija de David esta gloriosa salutacion; y ahora que ella está sentada por encima de los angeles y de todos los coros celestiales, el genero humano que la tuvo por hija y por hermana, la devuelve, desde aquí bajo, la salutacion angelica: *Yo te saludo, Maria*. Cuando la oyó, por la primera vez, de la boca de Gabriel, al instante concibió en su purisimo seno al Verbo de Dios, y ahora, cada vez que una voz humana repite estas palabras, que fueron la señal de su maternidad, sus entrañas se conmueven con el recuerdo del momento que no tuvo semejante en el cielo y en la tierra, y toda la eternidad se llena de la felicidad que ella siente (Lacordaire. Vida de Santo Domingo).

cristianos, los terminos de este mensaje unico por su importancia, así como las explicaciones pedidas por Maria con este motivo, y suministradas por el angel. Tres puntos contendrán todas las materias de nuestras reflexiones, y formarán la division de nuestra plastica, á saber: en primer lugar, anuncio de la Encarnacion; en segundo, explicacion pedida por Maria; en tercer lugar, respuesta del angel. Pocos asuntos podrian ofrecer enseñanzas tñn elevadas y lecciones tñn utiles cómo este. Se recomienda, pues, por sí mismo á vuestra más seria atencion.

I. — *Anuncio de la Encarnacion*. — El angel Gabriel, enviado por Dios á Maria para hacerle saber que estaba élegida para ser la Madre del Redentor, habiendose aproximado á ella, comenzó por saludarla diciendo: *Yo te saludo, Maria, llena eres de gracia, el Señor es contigo; bendita tu eres, entre todas las mujeres*. Pero *Maria, al oirle hablar así, habiendose turbado, preguntó que queria decir esta salutacion*, y el angel se apresuró á anunciarla el objeto de su mision, en estos terminos; *No temas, Maria, porque has encontrado gracia delante de Dios. Hé aqui que concebirás y pararirás un Hijo, á quien llamarás Jesus. Será llamado el Hijo del Altisimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará éternamente en la casa de Jacob, y su reinado no tendrá fin*. Qué anuncio, cristianos, y qué impresion no debió hacer en el alma de Maria! Dios Todopoderoso! despues de tñntos siglos de expectacion, hñn llegado los tiempos señalados por vuestra misericordia, en que vais á reparar la falta de Adan, y á levantar de su decaimiento á toda su desgraciada posteridad! Há llegado, pues, la hora en que vais á enviar á la tierra su Salvador! Nó, Virgen Maria, no es yñ tiempo de temer, sinó de alegraros; puesto que, por vuestras suplicas fervorosas, *habéis encontrado gracia delante de Dios* y apresurado el instante de nuestra salvacion comun. Así, sois vos quién nos daréis el Redentor prometido. Dios hubiéra podido criarlo de la nada, cómo há hecho todas las cosas; ó formarle de un poco de tierra, cómo Adan; pero há resuelto que naceria de una mujer, con el fin de que habiendo sido por una

mujer, por Eva, cómo el pecado ha entrado en el mundo, fué también por una mujer cómo viniéra el Redentor. Sois vos, Virgen Maria, quién vais á *concebirle en vuestro seno*; sois vos quién *le pariréis*; él será vuestro hijo, *se le llamará igualmente el Hijo del Altísimo*, y lo será. De modo, que tendréis el mismo Hijo con el Topoderoso; es decir, que seréis la Madre de áquel cuyo Padre es el Altísimo. Y por que el Hijo es necesariamente de la misma naturaleza que su padre, vuestro Hijo, teniendo al Altísimo por Padre, será de la naturaleza de él, es decir, será Dios. Es, pues, con razon que el angel os dice que *él será grande*: porque quién será grande, si no es Dios? Si, oh Virgen! para siempre bendita, vuestro Hijo será grande, en todas cosas: grande por su naturaleza y su origen, grande por su autoridad y su poder, grande por su sabiduría y santidad, grande por sus enseñanzas y por sus obras, grande por sus ejemplos, grande sobre todo por su caridad! Así como David há merecido por sus virtudes que el trono de Israel le fué dado, vuestro Hijo merecerá que el *Señor Dios le dé el trono* del cuál *el de David* no era más que la imagen, es decir, el trono del cielo y le haga *reinar eternamente* sobre un pueblo del cual *la casa de Jacob* no era más que la representación, es decir, sobre el pueblo de los elegidos; porque mientras que el trono de David, desde ahora está ya échado por tierra, y la casa de Jacob será muy pronto dispersada para siempre, el trono que se dará á vuestro Hijo y el pueblo sobre el cuál reinará, durarán eternamente, puesto que *su reinado no tendrá fin*. Oh! mensaje lleno de alegría! oh nueva llena de satisfaccion! qué se podía anunciar á Maria que pudiése llenarla de más felicidad?

Pero, con qué reconocimiento no debemos nosotros mismos saludar esta dichosa nueva! Es ella, en efecto, el presagio seguro de esta Encarnacion del Verbo de Dios, que há sido para nosotros el manantial de tantos favores, de tantas gracias, de tantas enseñanzas y de tantas lecciones. Porque es la Encarnacion quién há suministrado al Verbo de Dios el cuerpo del cuál se há servido para predicar su Evangelio, para hablar á los demonios, para tocar y curar á

los enfermos de todas clases, para rescatarlos del pecado, y ofrecer sobre la cruz á su Padre el solo holocausto que pudiése ser agradable. Es en la Encarnacion que há tomado este cuerpo del cuál se há servido para instituir los sacramentos; este cuerpo que nos dá enteramente, unido á su divinidad, y del cuál nos alimenta en la muy adorable Eucaristia; este cuerpo cuya resurreccion, en el día de Pascua, nos es una garantia de nuestra propia resurreccion; este cuerpo, por ultimo, cuya contemplacion es una de las mayores alegrías de los angeles y de los santos en el cielo durante toda la eternidad.

Sin la Encarnacion, qué sabriamos sobre Dios, sobre nosotros mismos, sobre nuestros destinos futuros? A lo sumo lo que sabian los Judios, si perteneciamos á este pueblo. Digo á lo sumo, porque cómo el deposito sagrado habia ya sido muy oscurecido en el tiempo de Nuestro Señor, es de creer que sin su venida, lo estaria mucho más ahora. Pero si fuéramos de la inmensa familia de los Gentiles, en qué tinieblas, en qué errores groseros no estariamos sumergidos! Ya en tiempo de Nuestro Señor estos errores eran abominables; pero el trascurso del tiempo no habria hecho más que multiplicarlos y hacerlos todavia más vergonzosos y más indignos del hombre.

Sin la Encarnacion, qué podriamos en el orden moral? Si, con todos los socorros que nos vienen de la Encarnacion, es decir, de las gracias abundantes, los sacramentos, los buenos ejemplos, un conocimiento claro y seguro de nuestros deberes, nos dejamos, sin embargo, frecuentemente ir al mal, á acciones cuyas consecuencias nos avergüenzan; qué seria si, sin la Encarnacion, estuviéramos desprovistos de todos estos socorros, dominados por los demonios, y empujados á todos los vicios por la universal depravacion! Lo que sabemos de los antiguos paganos, respecto de esto, es monstruoso; sin embargo, estos antiguos paganos hubiésen sido angeles al lado de lo que nosotros seriamos sin la Encarnacion.

Sin la Encarnacion, por ultimo, á qué estariamos expuestos? Al

infierno casi con toda seguridad. Porque no sabiendo más que muy confusamente lo que es preciso creer y lo que es necesario hacer, y abandonados casi totalmente á nuestras propias fuerzas, nos conduciríamos de una manera tan indigna de Dios, que le seria imposible admitirnos en su presencia. Por lo demás, nuestra suerte seria la de los paganos antes de la Encarnacion, con la agravacion resultante, como lo hémos yá dicho, de una ignorancia todavia máyor y de una desmoralizacion mucho más profunda. Pero, sin tener en cuenta tampoco esta agravacion, no es probable que la casi totalidad de los antiguos paganos háyan sido condenados? Quién se atreveria á sostener lo contrario, cuando la historia nos muestra á estos desgraciados adorando todos al demonio, bajo formas diferentes, y entregandose, bajo su inspiracion, á todas las torpezas que él mismo há podido imaginar? Pues, lo repito, sin la Encarnacion del Hijo de Dios, estaríamos todavia por debajo de estos paganos. De dónde es preciso deducir que nuestra condenacion seria casi, lo repito, universal.

Alegrémosnos, por consiguiente, nosotros tambien, del mensaje traído por el angel á Maria. Pero, al mismo tiempo, agradezcámoslo á Dios, y, sobre todo, aprovechémosnos de los bienes que nos han sido procurados por la Encarnacion. De otro modo, mejor valdria para nosotros, así como nos enseñará más tarde el Salvador, que no hubiése venido; porque condenados cómo estaríamos, por lo menos, no tendríamos que responder de la sangre menospreciada del Redentor, crimen por el cuál los cristianos condenados sufrirán en el infierno una aumento inconcebible de tormentos.

II. — *Explicacion pedida por Maria.* — Cualquier alegria que haya sentido Maria al oír la nueva que el angel le llevaba, no dejó, sin embargo, de concebir tambien algun temor con este motivo, así cómo nos lo hace entender la continuacion de nuestro Evangelio, cuándo refiere que Maria, despues de haber oído la comunicacion del angel, le dijo: *Cómo se hará esto? porque yo no conozco hombre.*

No considerando más que superficialmente esta pregunta de

Maria, pareceria que há hablado como lo hizo Zacarias, cuándo dijo al angel que le anunciaba el nacimiento del hijo que debia ser San Juan Bautista: *Cómo conoceré la verdad de lo que me anunciáis?* Pero Dios que sondea los corazones, veia las dudas del uno y la fé de la otra. Hé aquí porque la infidelidad de Zacarias fué castigada en el momento por la perdida de la palabra<sup>1</sup>; mientras que la fé de Maria fué altamente élogiada, cuando su prima Isabel, á la cuál habia sido revelado que ella era la Madre de su Dios y de su Señor, la dijo por un impulso del Espíritu Santo: *Eres dichosa por haber creído*<sup>2</sup>. Esta palabra señala, en efecto, dice San Gregorio Papa, la perfeccion de la fé con la cuál la Santa Virgen habia creído lo que le decia el angel<sup>3</sup>.

Si, la Santa Virgen habia creído sin vacilar en la palabra del angel; habia creído que el tiempo de la redencion habia llegado y que Dios, por una bondad completamente gratuita, la habia elegido para ser la Madre del Redentor. Pero, al propio tiempo, ella habia temido. Y qué habia temido esta Virgen fiel, con motivo de una nueva tan satisfactoria, para no inspirar más que alegria y esperanza? Hélo aquí. Maria, todos lo sabemos, habia consagrado á Dios su virginidad; y aunque casada con José, habia resuelto no tener con él ningun comercio carnal. José, creese generalmente, conocia el voto que habia hecho Maria, habialo aprobado, y habia hecho otro semejante. Esto supuesto, habia muchos ejemplos de mujeres esteriles de avanzada edad que habian resultado embarazadas, pero no los habia de una virgen que fué madre sin cesar de ser virgen. Por consiguiente, cuándo el angel le habló de concebir y parir un hijo, cómo nada podia cambiar su resolucion, y estaba fuertemente resuelta, dice San Bernardo, á renunciar á la cualidad de Madre de Dios, si era incompatible con su virginidad, preguntó la manera cómo esto se haria: *Como sé hará esto?* dice, *puesto que no conozco varon*, y no puedo conocerlo, como consecuencia de mi voto.

1. Luc. i, 18. — 2. Luc. i, 20. — 3. Luc. i, 45. — 4. De Virg. c. 4.

Oh Maria! no temas, pero dá gracias á Dios, que no há hecho en ti más que maravillas. Si háis hecho voto de virginidad, es él, quién te há inspirado el pensamiento, en vista de los designios que habia formado sobre ti de toda éternidad. Así, lejos de que haya incompatibilidad entre tu voto y la maternidad que se anuncia, hay perfecta conveniencia, hasta el punto de que si no hubiéras hecho este voto, no habrias sido élegida para concebir y parir el Hijo del cuál há hablado el angel.

Vuestro voto no se opone, por consiguiente, á vuestra maternidad; es, por el contrario, la condicion, y es él solo quién la hace posible. « Porque conviene que Dios no nazca más que de una virgen, cómo conviene á la virginidad el no parir más que á Dios <sup>1</sup>.

Pero al revelarnos, por su pregunta al angel, su amor supremo por la virginidad y su invariable resolucion de observar el voto que habia hecho á Dios de guardarla toda su vida, Maria nos dá esta doble leccion, de querer sobre todo la pureza, y de cumplir, escrupulosamente, todas las promesas que hémos hecho á Dios. Es preciso querer la pureza, cada cuál segun su estado, puesto que Nuestro Señor há declarado bienaventurados á los puros de corazon <sup>2</sup>, y el Espíritu Santo, por su parte, há añadido que nada impuro entrará en el cielo <sup>3</sup>. Y es preciso quererla de tál suerte que estémos siempre alerta para vigilar que nada la manche, y para huir, cómo lo hariámos de un animal salvaje que amenazára devorarnos, de todo lo que pudiéra hacernosla perder. Y en cuánto á nuestras promesas á Dios, debemos sér fieles á toda costa, y cumplirlas cuesténos lo que nos cueste. Maria estaba dispuesta, para guardar su voto, á sacrificar aun la gloria y la dicha de ser Madre de Dios, gloria y dicha las más grandes que puedan otorgarse á una criatura humana. Podriamos nosotros vacilar para cumplir las promesas que hemos hecho á Dios, en sacrificar un miserable interes ó un vil placer? <sup>4</sup>

1. S. Bern. sup. *Missus est*, hom. 2.

2. Matth. v, 8. — 3. Apoc. xxi, 27.

4. *Cómo se hará esto, puesto que yo no conozco varon?* Lo que es preciso

III. — *Respuesta del angel.* — La pregunta de Maria no era solamente legitima, era prudente. Al hacerla, no pensaba de ningun modo en una vana curiosidad; queria solamente saber, así cómo acabamos de decirlo, si lo que se le anunciaba podria acordarse con su voto de virginidad perpetua. Así el angel se apresuro á disipar su respetable inquietud. Me preguntais, le dice,

advertir en estas palabras, que son las primeras que la Virgen haya dicho en el Evangelio, son cuátro circunstancias que pueden servir de regla á todo el que quiere hablar con discrecion. 1º Ella se expresa con muy pocas palabras; 2º no dice más que lo necesario; 3º el motivo que la hace hablar es un asunto de grande importancia; 4º la manera cómo ella habla es humilde y modesta. Parece tambien que habia grabado en su espíritu este consejo del Sabio: *Hijo mio, acostúmbrate á hablar poco, aun cuando se tratáre de defender vuestra propia causa: si te se pregunta dos veces, que la respuesta sea corta y precisa. Deja pasar muchas cosas, y ház como si no las vieras. Escucha á los demás sin decir nada, ó si les preguntas, házlo con oportunidad, y cuando será el momento. Habeat caput responsum tuum.* Eccl. xxxii, 10. La santa Virgen observa maravillosamente todas estas cosas en las pocas palabras que dice al angel. Porque no respondió más que despues que la hubo hablado hasta dos veces; y aunque hubiéese ella oido de su boca cosas capaces de causarla trasportes de alegría, supo y moderarse tambien, en su respuesta no tocó más que el solo punto de que se trataba. Hizo ver sencillamente al angel la obligacion que se habia impuesto por su voto de virginidad, y se contentó con decirselo con modestia, en terminos propios, para hacerse entender, sin herir la honestidad, *de que no conocia varon.* Oh! Virgen santa, es con razon que el casto Esposo compara vuestros labios á la más brillante purpura y á una hebra de miel que se destila gota á gota, Cant. iv. 3., porque no se os escapa nunca una palabra inconsiderada ó superflua, y todo lo que decís está acompañado de dulzura y caridad. Puesto que él ama mucho una manera de hablar tán dulce y tán grave, rogádle que nos iraprima de tál modo la idea en el espíritu, para que en el porvenir todas nuestras palabras sean mesuradas y conformes con esta regla. (Du Pont. Medit. 2. p. 7, medit, 2. p.)